



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. I.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS
MOHICANOS DE PARÍS.

CAPÍTULO III.

LA TUMBA DE LA VALLEIRE.

Aquella tarde pues, embriagados con el perfume de las rosas que les envolvía como la nube embalsamada en que Virgilio oculta á sus diosas, bajo aquel cielo luminoso cuyas estrellas parecían perseguirse amorosamente como otros tantos Apolos y Dafnes, en aquella atmósfera refrigerada por la lluvia del día, en una palabra, por esa primera noche de primavera, tranquila, serena, embalsamada, entreabriéronse al amor los corazones de los dos jóvenes, como se entreabre al fecundador rocío de la noche el cáliz de las flores.

Al oír sonar la medianoche, al contar las vibraciones sonoras y sucesivas del reloj hasta doce, estremeciéronse, lanzaron un grito, cambiaron un rápido *buenas noches*, y subieron temblando como dos culpables.

Al llegar al segundo piso se detuvieron.

La ventana que daba á las eras estaba entreadierta ; la luna iluminaba silenciosa y melancólica la tumba rodeada de rosas.

— ¿De quién es esa tumba? preguntó Carmelita apoyando los codos sobre el marco de la ventana.

— Es la tumba de la señorita de La Valliere, respondió el joven fijando también los codos al lado de la joven en el estrecho espacio que la abertura de la ventana dejaba.

— ¿Pues cómo se encuentra aquí la tumba de la señorita de La Valliere? preguntó Carmelita.

— Todos esos terrenos que ahí veis, respondió Colombán, formaban en otro tiempo el jardín de un convento perteneciente al orden religioso, cuyo nombre poético lleváis ; en medio de ese jardín estaba una iglesia construida según las viejas leyendas luteranas sobre las ruinas de un templo de Ceres ; no se conoce la época fija de la fundación de aquella capilla : solamente se cree que data del reinado de Roberto el Piadoso ; lo que hay de cierto es, que desde fines del siglo x estaba ocupada por monjes benedictinos de la abadía de Marmoutier, que la poseyeron como priorato bajo la invocación de Nuestra Señora de los Campos, hasta el año 1604 en que fué cedida á las religiosas Carmelitas de la reforma de Santa Teresa. Catalina de Orleans, duquesa de Longueville, impulsada por algunos devotos que le ofrecían el título de fundadora, obtuvo del rey, gracias al apoyo de María de Médicis, todos los poderes necesarios para la creación de este establecimiento. Con la autorización del rey Enrique IV y la aprobación del papa Clemente VIII se hizo que viniesen de Ávila á París seis religiosas carmelitas que habían sido formadas por la seráfica Santa Teresa. Estas seis religiosas fueron las primeras de su orden en Francia ; habitaron el convento que

allí había y que ya no existe ; oraron, cantaron, y murieron en esa iglesia, de la que no queda más que la tumba cuyo nombre me habéis preguntado.

— ¡ Oh ! ; qué curioso es eso ! dijo Carmelita en medio del asombro que la causaba la revelación de aquellos misterios de la naturaleza eterna y de los acontecimientos pasados. ¿Y se sabe cómo se llamaban esas seis pobres jóvenes?

— Yo lo sé, dijo sonriendo el joven bretón ; porque yo soy el hombre de las leyendas. Se llamaban Ana de Jesús, Ana de San Bartolomé, Isabel de los Angeles, Beatriz de la Concepción, Isabel de San Pablo y Leonor de San Bernardo. La duquesa de Longueville fué á su encuentro, y quiso que su entrada en el priorato se celebrase con una fiesta.

Todo esto no era tal vez tan curioso como decía Carmelita, ni tan interesante como afirmaba Colombán ; pero los pobres niños se engañaban uno á otro no hallando nada mejor que un pretexto para no separarse. Todo era bueno en este caso ; la conversación mística continuó pues.

— ¡ Oh ! ; cuánto quisiera yo haber visto una fiesta de aquel tiempo ! dijo Carmelita.

— Pues bien, señorita, escuchad, dijo Colombán : permaneced donde estáis ; cerrad los ojos ; sustituid la imaginación á la vista ; figuraos que tenéis ahí á vuestra izquierda un sombrío convento de altas murallas ; allá enfrente de vos la iglesia, y aguardad...

El joven entró en su casa.

— ¿ Dónde vais ? preguntó Carmelita.

— Á buscar un libro, contestó el joven desde el interior de su cuarto.

Y cinco minutos después volvió con un libro en la mano.

- Ahora, dijo, cerrad los ojos.
 — Ya están cerrados.
 — ¿Veis el convento á la izquierda?
 — Si.
 — ¿Veis la iglesia enfrente de vos?
 — Si.

Colombán abrió el libro.

La luna brillaba esplendorosa en el cenit, y lanzaba sobre la naturaleza tranquila y silenciosa una luz tan pura, que Colombán podía leer como en mitad del día.

Leyó:

« El miércoles 24 de Agosto de 1605, día de San Bartolomé, hubo en París una nueva y solemne procesión de las hermanas Carmelitas que tomaban posesión de su casa aquel día: acudió el pueblo en tropel como para ganar el jubileo; las hermanas Carmelitas marchaban en buen orden conducidas por el doctor Duval que les servía de pertiguero, y llevaba el bastón en la mano, y se asemejaba en un todo á un duende.

» Pero quiso la desgracia que este bello y santo misterio fuese interrumpido por dos violines que principiaron á tocar: lo que separó á aquellas pobres gentes, haciéndoles retirar á paso acelerado con el duende ó espíritu maligno, su conductor, todas asustadas á una iglesia, donde como en un lugar de franqueza y seguridad comenzaron á cantar el *Te Deum laudamus*. »

- ¿Habéis visto? preguntó Colombán.
 — Si; pero otra cosa que lo que esperaba ver, respondió sonriendo Carmelita.
 — No siempre se ve lo que se cree ver teniendo los ojos

abiertos; con mayor razón pues teniéndolos cerrados, dijo Colombán.

— ¿Y fué á ese convento donde se retiró la señorita de la Valliere?

— En ese convento mismo, donde pasó treinta y seis años en medio de continuos ejercicios de una piedad cada vez más edificante, y donde murió el 6 de Junio de 1710.

— ¿Y entonces es ahí en ese sepulcro donde reposa el cuerpo de la pobre duquesa? preguntó la joven.

— Sería mucho decir afirmar eso, respondió Colombán.

— ¿Ha sido pues exhumada?

— En 1790 suprimió el convento un decreto de la Asamblea nacional; se demolió la iglesia... ¿Quién sabe lo que fué del cuerpo de la pobre pecadora que Lebrun había representado bajo las facciones de la Magdalena? Y sin embargo, como os he dicho, á vos, que siglo y medio después de su muerte os inquietáis por ella, la tradición pretende que ha sido perdonado su cuerpo, y que reposa siempre en la bóveda debajo de esta pequeña capilla.

— ¿Y no se puede entrar allí sin duda? preguntó Carmelita con la vacilación de la curiosidad que teme ser alucinada.

— Os pido perdón, señorita, respondió Colombán: se hace más que entrar, se permanece allí.

— ¿Y qué profano puede habitar en ese retiro sagrado?

— El jardinero, señorita, el que cultiva todas esas bellas rosas cuyos perfumes respiramos en este momento.

— ¡Oh! ¡cuánto deseo visitar esa capilla! exclamó Carmelita.

— Nada más fácil.

— ¿Cómo?

— Basta pedir permiso al jardinero.

— Pero ¿ y si lo niega ?

— Si os lo niega para ver la tumba, se lo pediréis para ver las rosas, y por amor á éstas os permitirá ver aquélla.

— ¿ Entonces son tuyas esas rosas ?

— Es á lo menos el poseedor privilegiado de ellas.

— ¿ Pero y qué puede hacer de tantas rosas ?

— Las vende, dijo el joven bretón.

— ¡ Oh ! ; qué hombre tan malo ! dijo Carmelita con un acento de reproche infantil ; ¡ vender esas rosas tan bellas ! ¿ Y yo que creía que las cultivaba por religión, ó á lo menos por placer ?

— Pues las vende... Y mirad ; desde aquí veréis sobre mi ventana tres rosales que me ha vendido estos días.

Inclinóse Carmelita hacia aquel lado, y sus hermosos cabellos flotantes rozaron el rostro del joven, que sintió pasar un estremecimiento por todo su cuerpo.

Al mismo tiempo Carmelita sintió pasar por sus cabellos el aliento de Colombán ; retrocediendo entonces vivamente y toda ruborosa, dijo imprudentemente :

— ¡ Oh ! ; cuánto me agradaría tener uno de los rosales que rodean la capilla !

— ¿ Me permitiréis que os ofrezca uno de los míos ? se apresuró á decir Colombán.

— ¡ Oh ! gracias, caballero, respondió Carmelita notando su aturdimiento ; yo quería uno ; pero arrancado por mis manos de aquella tierra en que ha vivido sor Luísa de la Misericordia, y donde ha reposado su cuerpo, y aun tal vez reposa.

— ¿ Por qué no vais allá mañana temprano ?

— Nunca me atreveré á ir sola.

— Os ofrezco mi brazo si queréis aceptarle.

Permaneció un instante indecisa la joven ; después al fin, haciendo un esfuerzo :

— Escuchad, Mr. Colombán, dijo : os profeso una estimación profunda y un grande reconocimiento ; pero si saliese cogida de vuestro brazo en mitad del día, todas las comadres del barrio se escandalizarían de semejante inconveniencia.

— Vamos pues de noche.

— ¿ Pero se puede ir de noche ?

— ¿ Por qué no ?

— Porque me parece que el jardinero debe acostarse al mismo tiempo que sus flores para levantarse al mismo tiempo que ellas.

— No sé á qué hora se acuesta ; pero lo que sí sé es que se levanta mucho antes que ellas.

— ¿ Y cómo lo sabéis ?

— Algunas veces, por la noche, cuando no duermo... (la voz de Colombán tembló ligeramente al pronunciar estas palabras) me pongo á la ventana y le suelo ver trotando por su jardín con una linterna en la mano... Y mirad, señorita, ¿ no es él ese fuego fatuo que corre á través de las rosas ?

— ¿ Adónde corre ? preguntó la joven.

— Tras de algún gato probablemente.

— Pero si él se levanta, dijo Carmelita sonriendo, si es buena hora para él, debe ser muy tarde para nosotros.

— ¡ Tarde ! dijo Colombán.

— Si... ¿ Qué hora será ?

— Las dos, poco más ó menos, dijo Colombán con cierta duda.

— ¡ Oh ! nunca me he acostado tan tarde, dijo la joven levantando sus manos al cielo. ¡ Las dos de la mañana,

Dios mío ! ¡ Oh ! pronto, pronto ; ¡ buenas noches, Mr. Colombán !... Os doy gracias por las horas instructivas que me habéis hecho pasar, y una noche, añadió más bajo, y una noche en que todos los vecinos estén acostados, os pediré el brazo para ir á arrancar un rosal.

— Nunca encontraremos una noche más hermosa que esta, señorita, dijo el joven, que se esforzó por no temblar al dirigirle la palabra.

— ¡ Oh ! dijo franca é ingenuamente la joven, si creyese que no habían de verme, iría al instante.

— ¿ Quién queréis que os vea á estas horas ?

— Por lo pronto, la portera.

— No, tengo yo un medio de abrir la puerta sin despertarla.

— ¡ Cómo ! ¿ vais á forzar la puerta ?

— ¡ Oh ! no, señorita ; voy á abrirla con una llave que he mandado hacer. Yo entro algunas veces después de medianoche del gabinete de lectura, y como la portera está enferma, he creído que no debía despertarla.

— Pues bien, si es así, dijo la joven, vamos en seguida ; de todos modos creo que aunque me acostase no dormiría pensando en mi rosal.

— ¿ Sería vuestro rosal, Carmelita, el que os hubiera impedido de dormir ?

— No.

Peró lo creáis, pobre niña, virgen inocente, y vuestra inocencia misma era la que os impelia á esa escapatoria nocturna del brazo de un joven tan inocente como vos.

Púsose Carmelita un gorrito, echóse un pañuelo por los hombros, cogió el joven su sombrero, y los dos, paso ante paso, bajaron la escalera : caminaban muy despacio, y sin embargo, aun hicieron bastante ruido para despertar á los

pájaros que dormían en las lilas, y que al oírles pasar, y al ver aquella hermosa luna, se pusieron á cantar, sea que creyesen que venía la aurora, sea que quisiesen tomar parte en aquella fiesta nocturna que la primavera y la naturaleza daban á los dos jóvenes.

Después de haber pasado la calle de Santiago y la de Val-de-Grace, llegaron á la del Infierno, enfrente á la gran puerta que sirve de entrada al antiguo jardín de las Carmelitas.

Llamaron.

Era muy temprano ó muy tarde para llamar : así es que el jardinero dudó un instante.

Peró al segundo repique de la campanilla se vió moverse al hombre y la linterna : los dos se aproximaron ; la linterna se elevó á la altura de los dos visitantes, y el jardinero reconoció al joven á quien todos los días veía á la ventana, y cuya vibrante voz oía á veces tendido en medio de sus rosales, acompañada de los sonidos del piano.

Abrió el jardinero la puerta, é introdujo aquel otro Adán y aquella nueva Eva en su paraíso.

Era, como hemos dicho, un inmenso plantío, donde no se cultivaban más que rosas.

Nada puede expresar la sensación de encantadora dulzura y de fresca embriaguez que se apoderó de los dos jóvenes cuando penetraron en aquel harén de rosas, cuyo sultán, con una linterna en la mano, decía los nombres armoniosos que resonaban en los oídos de Carmelita y Colombán como notas escapadas de las canciones de las aves.

Hubiérase dicho que era la melodía del bulbul, ese ruiseñor de Oriente, que tiene el secreto de las flores, y que semejante á las cañas del rey Midas, divulga ese secreto á la brisa de Levante.

Marchando así apoyados uno en el brazo del otro, y escuchando la nomenclatura de las rosas, llegaron delante de la tumba, ó de la capilla de sor Luisa de la Misericordia.

Vacilaba Carmelita en entrar; pero la invitación de Colombán la decidió.

Mas casi en el mismo instante salió con cierto espanto al ver recostados ó suspendidos en las paredes (en vez de los emblemas religiosos que esperaba encontrar allí) palas, azadas, rastrillos, regaderas, carretones, y todos los instrumentos de agricultura de que el jardinero se servía.

La joven entonces dió curiosamente una vuelta en derredor de la pequeña tumba.

Rosales de seis ú ocho pies de altura la rodeaban uniformemente.

— ¿Qué rosales tan magníficos son estos? preguntó Carmelita.

— Son rosales de Alejandría de flores blancas, respondió el jardinero; vienen del mediodía de la Europa, ó de las costas de Berbería; con sus flores se hace la esencia de rosas.

— ¿Queréis venderme uno? preguntó la joven

— ¿Cuál? dijo el jardinero.

— Éste.

Y Carmelita señaló el que estaba más íntimamente unido á la tumba.

Entró el jardinero en la capilla, y tomó allí una azada.

Un ruiseñor cantaba á veinte pasos de allí su más amorosa canción.

La luna no era ya la luna, era la Febe de los griegos mirando amorosamente á la tierra por si veía la sombra de Endimión.

La brisa de la noche, tan dulce que parece un beso dado

por la boca de la naturaleza, pasaba acariciando los cabellos de los jóvenes.

Era verdaderamente una escena llena de color y de poesía que aquella joven vestida de luto, aquel rubio joven vestido de negro, y aquel jardinero que horadaba la tierra, estuviesen allí á aquella hora de la noche, con aquella fresca brisa, á la claridad de la luna y al canto del ruiseñor. Cada aliento parecía decir: « ¡ Oh ! ; qué buena cosa es la vida ! ; Gracias, Señor, por habérnosla dado al mismo tiempo ! »

¡ Ay !

El primer golpe de la azada dado por el jardinero resonó dolorosamente en el corazón de los dos jóvenes; pareciales que remover aquella tierra en la que reposaba el cuerpo de la santa querida de aquel egoísta real que se llamaba Luis XIV, era cometer una acción como un sacrilegio.

Salieron del plantío llevando su rosal, pero con un temor igual al de los niños que han cogido una flor en un cementerio.

Una vez fuera del jardín, olvidaron aquellos pensamientos fúnebres, y [dirigiendo la última mirada sobre el plantel que no enviaba más que una especie de nube de perfumes, al mirar las estrellas, al absorber, por decirlo así, todas las emanaciones de la vida que se elevaban en derredor de ellos, dieron gracias á la Providencia por todos los beneficios con que les había colmado durante aquella inefable noche de primavera.

CAPÍTULO IV.

COLOMBÁN.

El corazón del joven bretón á quien hemos llamado Colombán era un puro diamante de cuatro facetas: la bondad, la dulzura, la inocencia y la lealtad.

Algunos espíritus fuertes del colegio (cinco ó seis de esos pillastres de diez y ocho años, que á los veinte se tornan en leones calvos) le habían llamado Colombán el tonto, en recuerdo de ciertos chascos en que él había sido el juguete.

Su fuerza hercúlea le hubiera permitido imponer silencio á las lenguas maldicientes de aquellos; pero despreciaba á todos aquellos alborotadores, como un perro de Terranova ó del monte de San Bernardo desprecia á un doguito ó un galguito inglés.

Un día sin embargo, uno de los más ruines y de los más inquietos, joven criollo de la Luisiana recientemente llegado al colegio, viendo la inalterable paciencia de Colombán que oía sin fruncir las cejas los epítetos injuriosos de que le estaba llenando hacía ya algunos momentos, inventó el acercársele, montado sobre otro grande, y tirar por detrás de los bucles de su rubia cabellera.

Si esto hubiera sido un juego, nada hubiera dicho Colombán; pero fué un dolor.

Era durante el recreo de la tarde: paseábanse en el patio de la escuela gimnástica.

Al sentir que le tiraban tan cruelmente por los cabellos,

á las carcajadas de todos los compañeros, y al experimentar un vivo dolor, volvióse Colombán, y sin dar la menor señal de emoción ó de cólera, cogió al veribillo por el cuello de su traje, le arrancó de las espaldas del otro, le llevó bajo el trapecio de donde pendía una cuerda con nudos.

Llegado allí, le ató la cuerda en derredor del cuerpo, y después de haber ejecutado muy fríamente esta operación le lanzó con la cabeza y los pies bailando al espacio, donde se balanceó con una velocidad prodigiosa.

Los otros colegiales que no reían, protestaron, pero protestaron inútilmente.

El alto, de cuyas espaldas Camilo Rozán (así se llamaba el criollo) el alto, de cuyas espaldas, decimos, había sido arrancado Camilo Rozán, se acercó é intimó á Colombán que soltase á su camarada.

Pero Colombán se contentó con sacar su muestra, mirar la hora, y decir volviendo á ponerla en el bolsillo de su pantalón:

— Aun tiene para cinco minutos.

Ya llevaba el suplicio otros cinco de duración.

El mocetón, que levantaba toda la cabeza más que Colombán, saltó sobre el bretón; pero éste cogió á su adversario por mitad del cuerpo, le levantó haciéndole perder tierra, le apretó hasta el extremo de casi ahogarle, como se le había dicho en su curso de mitología que Hércules había hecho con Anteo, y finalmente le tendió en el suelo entre los aplausos de todos los estudiantes, que aprenden desde el colegio á ponerse de parte del más fuerte.

Colombán había apoyado su rodilla sobre el pecho del mocetón, quien no pudiendo respirar, pidió gracia; pero

el testarudo breton sacó otra vez su reloj, y dijo sencillamente :

— Aun faltan dos minutos.

Esto produjo un ¡hurra! de triunfo en todo el patio.

Mientras tanto el movimiento impreso al cuerpo de Camilo Rozán disminuía, pero sin embargo continuaba.

Transcurridos los cinco minutos, Colombán, tan esclavo de su palabra como su compatriota Dugesclin, devolvió la respiración al mocetón que se guardó muy bien de pedirle la revancha, y desató al americano inquieto, que de rabia se fué á la enfermería, donde estuvo un mes en la cama con un ataque cerebral.

Las risas, como puede comprenderse muy bien, acompañaron la retirada del criollo; todos se apresuraron á felicitar á Colombán; pero éste aparentó no oír los elogios, y volviendo á emprender tranquilamente su paseo, volvió la espalda á sus condiscipulos después de haberles dirigido esta fraternal advertencia.

— ¡Ya veis lo que sé hacer! Pues bien: la primera vez que uno de vosotros me abrume, le sucederá otro tanto.

Durante un mes se temió mucho por Camilo Rozán.

Pero en quien la inquietud llegó á la desesperación, fué en el bueno de Colombán, que olvidando que la provocación le había puesto en el caso de legítima defensa, se miraba como la sola y única causa de aquella enfermedad.

Su desesperación se cambió naturalmente en profunda amistad en la convalecencia del joven, y sintió luego por el pequeño Camilo esa viva ternura que los fuertes sienten por los débiles, los vencedores por los vencidos; esa ternura que tiene su origen en las más divinas fibras del

corazón, en la más tierna de las virtudes, en la compasión.

Poco á poco esa ternura accidental se convierte en una afición verdadera, en una amistad protectora, como la de un hermano mayor á un hermano más joven.

Por su parte, Camilo Rozán pareció adherirse sinceramente á Colombán; sólo que su afecto hacia él participaba á la vez del temor y la simpatía. Su debilidad se acomodaba á sentirse protegida; pero al mismo tiempo su orgullo se revelaba y ponía una barrera insuperable, aunque invisible, entre él y su protector.

Débil y revoltoso, se encontraba todos los días en ocasión de recibir de sus camaradas lecciones semejantes á la que le había dado Colombán; pero éste no tenía más que dar un paso y preguntar con su voz tranquila: « ¡Eh! ¿qué hay? » Y la amenaza retrocedía.

Bastábale como á la encina extender sus espesas ramas para proteger la caña contra la tempestad.

Al crecer, Camilo pareció que había dominado su orgullo, y no conservaba para Colombán más que una amistad sincera, manifestándose bajo mil formas agradables: confinados los dos en sus dormitorios y en cuartos de estudio separados, no podían verse y hablarse más que en las horas de recreo; pero la necesidad de ternura era tan viva en el criollo, que encontrándose lejos de su amigo, no podía menos de escribirle; una vez abierto el comercio de las cartas, se estableció entre ellos una correspondencia activa y seguida, casi tan tierna como la que hubiera podido establecerse entre dos amantes.

Las amistades que se revelan por primera vez en la juventud tienen en efecto toda la enervescencia de un primer amor; el corazón, como una persona que ha vivido solitaria

hasta entonces, no espera más que la hora de la libertad para hacer que florezca al sol el tesoro de sus pensamientos íntimos; sale entonces de dos jóvenes corazones en la misma situación un concierto de conversaciones bastante semejantes al cántico de los pájaros durante los primeros días de la primavera. Aquel que ha entrado de plano en la vida, y que no ha conocido los encantos de aquella joven y casta diosa que se llama amistad, éste es digno de lástima, porque ni el amor apasionado de la mujer, ni la afección egoísta del hombre, le revelarán los puros goces que dan las confidencias misteriosas cambiadas entre dos corazones de diez y seis años.

Desde este momento pues se unieron los dos jóvenes estrechamente; y habiendo pasado Camilo al año siguiente al mismo cuarto que Colombán, se hicieron *participes*, según la expresión técnica del colegio, es decir, que hicieron fondo común de lo que uno y otro poseían, desde el papel y las plumas hasta la ropa y el dinero.

Si la familia del americano enviaba confites ó conservas de guayaba, tamarindos, plátanos ó piñas, Camilo daba la mitad á Colombán; si el conde de Penhoel enviaba algunas salazones de las costas de Bretaña, Colombán depositaba la mitad en el pupitre de Camilo Rozán.

Esta amistad, que cada día era más tierna, se rompió de repente con la marcha de Camilo, á quien sus padres llamaron á la Luisiana en el momento en que iba á concluir sus estudios de filosofía. Se separaron abrazándose tiernamente y prometiéndose escribirse una vez al menos cada quince días.

Los tres primeros meses, Camilo cumplió la palabra dada; después sus cartas no llegaron más que de mes en mes; después por último sólo de tres en tres meses.

En cuanto al fiel bretón, cumplía religiosamente su promesa, y nunca se pasaba una quincena sin que escribiese á su amigo.

El día siguiente á la noche de primavera que hemos intentado describir en el capítulo anterior, á las diez de la mañana, la vieja portera subió al joven una carta cuyo amado timbre reconoció él bien pronto.

Era de Camilo.

¡Regresaba á Francia!

Su carta sólo le precedía unos días.

Camilo pedía á Colombán que volviesen á comenzar en el mundo la misma vida común que habían tenido en el colegio.

«Tienes tres habitaciones y una cocina, le escribía; para mí la mitad de tu cocina, para mí la mitad de tus tres habitaciones!»

— ¡Pardiez! ya lo creo, respondió en voz alta el joven bretón vivamente conmovido con el regreso inesperado del joven criollo.

Después se le ocurrió de repente que si su querido Camilo llegaba, necesitaba un lecho, una mesa, un tocador, y sobre todo, un sofá donde el indolente criollo pudiese tenderse á fumar los hermosos cigarros que sin duda traería del golfo de Méjico; y se lanzó fuera de la habitación con los doscientos ó trescientos francos de economías que poseía para procurarse todas esas cosas de primera necesidad.

En la escalera encontró á Carmelita.

— ¡Oh! ¡Dios mío! ¡cuán feliz parecéis esta mañana, Mr. Colombán! dijo Carmelita al ver irradiar la alegría sobre el rostro de su vecino.

— ¡Sí, señorita, soy feliz, muy feliz! respondió Colom-

bán; ¡ me llega un amigo de América, de Méjico, de la Luisiana! ¡ un amigo de colegio, el más querido de todos mis amigos!

— ¡ Tanto mejor! dijo la joven. ¿ Y cuándo llega?

— No puedo deciros el momento preciso, pero quisiera que estuviere aquí.

Sonrióse Carmelita.

— ¡ Oh! quisiera que estuviere ya aquí, os lo repito; porque estoy seguro de que os complacería el verle y oírle: es la alegría y la belleza personificadas; jamás he visto, ni aun en los sueños de los pintores, un rostro más hermoso... un poco afeminado tal vez, pero nada más añadió, no para aminorar la belleza del amigo cuyo retrato acababa de hacer con tanta franqueza, sino únicamente para no salir de los límites de la verdad; un poco afeminado, sí, pero hasta ese aire mismo sienta admirablemente á toda su persona: ¡ los príncipes de los cuentos de las hadas no tienen una cabeza más graciosa; los bachilleres de Salamanca una postura más caballeresca, ni nuestros estudiantes de París más descuidada ligereza! Además... ¡ Ah! mirad, para vos que amáis la música: ¡ tiene además una seductora voz de tenor, y se sirve de ella maravillosamente! ¡ Oh! oiréis los antiguos duos que cantábamos en el colegio... y á propósito de música, he pensado esta noche al separarme de vos en haceros una proposición: me habéis dicho que en San Dionisio habéis estudiado la música, ¿ no es verdad?

— Sí, solfeaba regularmente, y tenía, según dicen, una hermosa voz de contralto. Lo que en primer lugar he sentido al dejar á San Dionisio es la ausencia de tres buenas amigas que me las recuerda vuestra amistad con Camilo Rozán, y después el abandono de mis estudios musi-

cales que no he podido continuar; me parece que trabajando hubiera podido llegar á cantar regularmente.

— Pues bien: si queréis, dijo Colombán, no digo que os daré lecciones; no, soy bastante fatuo para eso; pero haré que estudiéis: sin ser yo un gran músico, he recibido en el colegio excelentes principios de un viejo maestro alemán llamado Mr. Muller; he estudiado mucho después, y pongo á vuestra disposición el resultado de mis conocimientos.

Detúvose Colombán espantado; nunca había dicho otro tanto; pero el hecho extraordinario en su vida apacible de la llegada de su amigo Camilo le había puesto en cierto modo fuera de sí: estaba transportado, radiante, embriagado, y esto era lo que le había dado aquella audacia y aquella prolijidad.

Carmelita aceptó con sumo reconocimiento. El ofrecimiento de una fortuna no le hubiera sido más agradable que aquella proposición de su joven vecino, é iba á darle las gracias, cuando vió que subía los primeros peldaños de la escalera el monje dominico que había pasado la velada fúnebre al lado de su madre, y á quien había visto venir muchas veces, desde aquel día fatal, á casa de su amigo.

Entró pues Carmelita en su casa, ruborizándose.

Colombán por su parte pareció en extremo embarazado.

Miró el monje á Colombán con ojo asombrado y lleno de reproches. Esta mirada quería decir: « Creía saber todos tus secretos, puesto que te he dado toda mi amistad: sin embargo, hé aquí un secreto de bastante importancia que no me lo has confiado. »

Ruborizóse Colombán como la joven, y dejando para

más tarde la compra de los muebles, hizo entrar en su casa al joven monje.

Al cabo de cinco minutos leía Domingo más profundamente en el corazón de su amigo que éste mismo.

Además Colombán se lo había referido todo, hasta lo ocurrido aquella última noche con todos aquellas encantadores detalles con los que aun estaba embriagado su corazón.

Al blasfemar Colombán del amor honesto y casto, el joven monje se manifestó en contradicción con sus teorías sobre el amor universal, porque llamaba al amor de los sentidos, respecto á los otros, bajo cualquier forma que se revelase, el *nudo de la vida*, comparando así la vida á un árbol, el amor al nudo de donde nace la hoja, y la humanidad á los frutos que le coronan.

Fray Domingo no vió pues en esta naciente pasión, desconocida hasta entonces en el joven, más que una fiebre vivificadora, cuyos síntomas eran más tranquilizadores que terribles.

Por otra parte, perdonaba á Colombán el que no le hubiese hablado de su amor, puesto que Colombán mismo ignoraba cuál era el estado de su corazón.

En el momento que supo que amaba, casi se asustó el joven bretón.

Sonrióse el monje, y tomándole la mano le dijo:

— Tenéis necesidad de ese amor, amigo mío; de otra suerte, vuestra juventud se consumiría en una indolencia apática. Una pasión noble como la que debe concebir vuestro leal corazón sólo puede daros fuerza y regeneraros. ¡ Ved esos jardines, añadió el joven designando el plantel; ayer á esta hora estaba la tierra seca; las plantas parecían empobrecidas; la vegetación en suspenso; pues bien, ha

estallado la tempestad, y las ambrosias han salido de la tierra; las raíces se han convertido en tallos, los brotes en hojas, y los botones en flores!

¡ Ama pues, hombre joven! ¡ Florece y fructifica, árbol joven! ¡ Nunca habrán germinado sobre un tronco más verde y vigoroso flores más brillantes, ni frutos más sazonados!

— ¡ Así pues, dijo Colombán, lejos de censurarme, me estimuláis á que siga las inspiraciones de mi corazón?

— Alabo el que améis, Colombán: lo que censuro es que me hayáis ocultado ese amor, porque generalmente el amor que se oculta es un amor culpable. Nada conozco más hermoso en un hombre libre que depender de su corazón, porque tanto como la pasión puede envilecer y degradar al hombre en un alma baja, tanto en un noble corazón eleva y santifica la humanidad. Volved los ojos hacia todos los puntos de la tierra; y veréis, amigo mío, que son las fuerzas vivaces de la pasión, más bien que las combinaciones del genio, las que han hecho moverse el resorte de los imperios y trastornado ó afirmado el mundo; por vasta que sea la razón, es siempre tímida, inquieta, dormida y pronta á suspender su marcha ante los primeros obstáculos del camino; el corazón, por el contrario, agitado sin cesar es pronto en sus designios, firme en sus decisiones, y no hay dique que se oponga á la impetuosidad de su curso. La razón es el reposo, el corazón la vida, y en verdad Colombán que el reposo á vuestra edad es una ociosidad peligrosa; y antes que consumir mis fuerzas en la ociosidad, antes que no ocupar esa actividad preciosa que hierve en mí, trastornaría como Sansón las columnas del templo, aunque hubiese de quedar sepultado bajo sus ruinas.